

Crónica cultural de una transición

¿Qué es lo que ha cambiado en la vida cultural española durante los últimos diez años? ¿En qué se ha notado intelectualmente la llegada de la democracia? ¿Cómo ha repercutido la transición en ese complejo y mal definido mundo del pensamiento, de las letras y las artes que llamamos la cultura de un país?

No es fácil saberlo con exactitud. Por lo pronto, diez años no son muchos; un decenio se pasa enseguida y casi no da tiempo para ver el camino que van a tomar las cosas de palacio. De otra parte, además, las cuestiones y figuras que se entrecruzan en la actividad cultural de un pueblo son tan numerosas y tan complejas, que una sola persona -al menos la que firma estas líneas- difícilmente podría ser capaz de atenderlas y entenderlas todas como es debido. Lejos de mí, pues, la desorbitada y descortés pretensión de estar en lo cierto en asunto de tantos tornasoles como éste de la cultura española durante la transición. Me conformaré, por tanto, con relatar algunas de las cosas que he creído ver en la feria -probablemente según me haya ido en ella-, con los inevitables riesgos de subjetivismo que siempre entraña, se diga lo que se diga, la postura del observador participante.

En teoría, mi punto de vista debería reducirse al de un psicólogo interesado en el conocimiento social, que de suyo no tendría por qué enjuiciar la calidad de los contenidos culturales; su deber consistiría más bien en analizar los comportamientos implicados en la producción y manejo de esos contenidos. Dudo mucho, sin embargo, de que sea eso lo que yo vaya a hacer. La verdad es que, personalmente, me resulta poco menos que imposible familiarizarme con un territorio sin salirme del camino de la especialización, de las trayectorias que marca el método de una disciplina; igual que a última hora, por muy «*human scientist*» que uno quiera ser, tampoco se analiza ningún problema humano prescindiendo de todo juicio de valor. Sencillamente, no es cierto. Puede que, en el análisis de estas cuestiones, lo ideal fuese efectivamente dejar a un lado todas las simpatías y todos los prejuicios. Excepto que para lograrlo habría que

conseguir que el analista se despojara también de su condición carnal, esto es, sería menester que dejase a un lado el sexo, la raza, la edad el idioma, la familia, la patria, la clase social, la religión, las ideas políticas, la conciencia histórica y el resto de las circunstancias individuales de su personalidad, para colocarse *au-dessus de Idmelée*, acaso en el punto de vista de Sirio, que diría un francés."

No soy francés, ni tampoco un astronauta capaz de elevarme hasta la constelación del Can Mayor para contemplar desde allí las tribulaciones de mis compañeros de fatiga. Desde mi perspectiva a ras de tierra no se divisan grandes cosas, y la verdad es que ya me conformaría con no describir del todo mal algunos de los rasgos que han caracterizado durante la última década el comportamiento cultural de la sociedad española. Pero, como digo, ya se verá.

La animación de la cultura

Uno de los cambios más notorios que, a mi parecer, han acontecido en la vida española de estos años es este de la animación cultural que se ha producido en el país como resultado de la libertad política. Es cierto que, en ocasiones, esa «animación» ha sido manipulada con fines demagógicos más que discutibles. Pero, al mismo tiempo, parece innegable que las «cosas han cobrado realmente nueva vida en este terreno y que la musculatura cultural del país se ha desentumecido, algo durante la última década.

Al hablar de «animación» me refiero, por descontado, a fenómenos muy diversos, tales como pueden ser, vaya por caso, la irrupción en el mundo intelectual, literario y artístico, de un considerable y variopinto elenco de personajes y temas nuevos, o previamente vetados que sin duda alguna reanimaron la escena intelectual de fines de los setenta. No entro ahora a valorar sus aportaciones -que no siempre poseyerpn, por supuesto, la calidad que hubiera sido deseable-, ni trato tampoco de encubrir o justificar, en lo que .tuvieran de injusto, las críticas o marginaciones de que fueron objeto estimables personas y obras de la situación anterior. Simplemente quiero señalar, porque lo creo justa, que a finales de los años setenta hubo aquí un notable incremento de la actividad cultural -no, sólo ni acaso principalmente en las grandes capitales-, a la vez que se desarrolló una manifiesta actualización de los temas puestos a debate, y éste cobraba una espontaneidad superior -a veces excesiva- a la que había sido habitual hasta entonces. Es verdad que en el ardor de la libertad recién estrenada se perdieron a veces los papeles, y las formas. Es preciso, reconocer que, la vieja inclinación de algunos a confundir la libertad con la chabacanería volvió a salpicar la limpieza de los demás. Es cierto que el deseo de participación degeneró ocasionalmente en trayestismos penosos, en divagaciones vulgares o en reacciones negativistas de gente que, a falta de ideas propias, se dedicó a arremeter contra las de sus antecesores. Todas estas cosas, y muchas más, ocurrieron durante esos años; es verdad. Pero a mi parecer, ninguno desemejantes desacier-

tos y'desafueros -que también los hubo^ debería impedimos reconoceré! hecho fundamental de que, al hilo de la libertad; la cultura gano en lo-fundármental; se vivificó en muchos aspectos; potenció sus actividades, se diversificó y renovó contenidos, entraron en escena nuevas figuras y sé plantearon cuestiones inédit¹-tas,-creció asimismo la participación popular en las conferencias y coloquios, aparecieron nuevas- organizaciones estatales y privadas, centros, institutos y fundaciones -FUNDES es una de ellas-, al tiempo que se produjo la explosión de cursos, jornadas, simposios, conciertos, exposiciones, cineclúbs y teatros experimentales que han presenciado estos años: Es innegable que no siempre la profesionalidad de estas actividades estuvo a la altura de sus pretensiones. Pero la calidad y el alcance de su mayor parte ha ido mejorando a ojos vista, hasta llegar al desarrollo de -programas de excepcional calidad, que razones de espacio y de prudencia me¹ impiden¹ reseñar aquí. Todo ello no es al postre sino un pálido reflejo de la actividad cultural que bulle desde hace algunos años en las ciudades españolas, y como ya hemos dicho, no sólo ni principalmente en las grandes. Por razones profesionales, he tenido que recorrer gran parte del país durante estos últimos-diez años, dando conferencias, o participando en jornadas de estudio; en cursos, congresos e innumerables coloquios, y debo confesar que, a pesar de mi inicial escepticismo -que lo tenía-, una-y otra vez, en centenares de ocasiones, me ha impresionado la pujante actividad, el entusiasmo de la gente, los espléndidos brotes artísticos y literarios que, postraban ciudades «de provincias» que antes, a lo largo de varios decenios, había visto sumidas en una especie de letargo cultural y cómo dormidas fuera del tiempo.' -

Esto es, en suma, lo que yo recuerdo sinceramente de una experiencia profesional, que por desgracia es ya mucho más dilatada de lo que desearían mis muchos años. Creo, en definitiva, que este fenómeno de reavivación -tal vez más dionisiaco que apolíneo- es una especie de renacimiento cultural de los pueblos de España, cqmóvedoramente modesto á veces, pero expresivo de una mejor y más ejemplar participación, de una mayor autenticidad en los planteamientos intelectuales, y tariibién de un apréciabile descenso en la tasa de acritud en las polémicas. Todo ello; insisto, justifica quizá hablar de una auténtica animación cultural de la transición, y refleja con fidelidad un aspecto de la vida intelectual de este período -hay otros muchos, sin duda- que convendrá tener muy presente á la hora de las valoraciones.

Para no jugar con trampa, es preciso reconocer que una parte de esa animación ha sido manipulada, con fines políticos, por «animadores culturales» pagados por los partidos y, a veces, por los municipios, para fomentar las relaciones públicas del señor alcalde, para sembrar semilla de una determinada ideología o vaya uno a saber para qué. Pero dicho esto, queda en pie el hecho de que muchas, yo creo que la mayoría, de las actividades a que me estoy refiriendo son genuinas^ esto es, no tienen otro propósito que el de atender a las aspiraciones Culturales¹ de la gente, con grados de fortuna que, por supuesto, varían mucho de unos casos a otros. Está por ver, desde luego, qué continuidad van a tener y qué frutos'darán tales esfuerzos! Por descontado, no lo sé.' De "momento, sé

que continúan creciendo y, lo que es más, que han logrado prender en mucha gente que hasta ahora no se sentía atendida. En mis continuas andanzas culturales por España, insisto, he creído percibir en la inmensa mayoría de los sitios una vivacidad, un deseo de saber y un espíritu de participación independientes de la política, que es preciso saludar con optimismo. La animación politizada existe, sin ningún género de dudas. Pero a mi entender, a pesar de su instrumentación poderosa, no ha encontrado la acogida popular que tal vez esperaba. Existe y funciona, cómo no, toda unajprocesión verbenera y carnavalesca de la animación popular. Así es. Pero muy por encima de la mascarada, se está operando, pienso yo, un auténtico despertar del afán de saber, de cultivar el espíritu y de mejorar la instrucción que acaso no pudo tenerse a tiempo. Esta actitud va extendiéndose día a día, y anima de verdad la vida de muchas gentes. No siempre, claro está, el nivel de lo que se hace es extraordinario; de todo hay, por supuesto, en la viña del Señor. Pero la calidad abunda cada vez más; los niveles de exigencia del público van mejorando, haciéndose más precisos, y los coloquios, que en otros tiempos eran la cruz de los conferenciantes, los coloquios, digo, van mejorando de calidad año tras año. Todo lo cual es, en definitiva, favorable. A pesar, pues, de sus innegables sombras, que no son pocas, el balance de este período es, cuando menos en este aspecto, bastante alentador.

La despolitización

Otra vertiente del problema en la que también se ha salido a la postre ganando, es la referente a la interferencia de la política en la cultura. Yo recuerdo con profunda tristeza, sirva el ejemplo, el clima de agria politización que desfiguró la vida universitaria, y asimismo ensombreció tantas veces las relaciones entre los intelectuales y el público, durante los últimos años del régimen anterior. Comprendo que eran tiempos de lucha política, desde luego, y que esas eran las reglas del juego: de las cuales formaba parte, naturalmente, y eso también hay que recordarlo, la impunidad intelectual de la izquierda, muy especialmente la del marxismo. Su palabra era sacramental y oponerse a ella, se tuviera o no razón en la polémica, equivalía a ser tachado automáticamente de fascista o reaccionario. Lo cual podía tener su sentido, insisto, en aquellas circunstancias; pero en cualquier caso hacía imposible la vida intelectual pública. En las discusiones con los comunistas, por ejemplo, resultaba muy difícil saber dónde terminaban los argumentos que era posible esgrimir sin comprometer al oponente, y dónde se iniciaba la pendiente que podía terminar en una involuntaria denuncia. En semejantes circunstancias, el debate era imposible. Intelectualmente, el marxismo era poco menos que inexpugnable, no sólo a causa de la aureola mítica que le confería la clandestinidad, sino asimismo a consecuencia del grave error cometido con los liberales, cuya marginación después de la guerra civil había dejado a España culturalmente inerme, en muy mala posición para defenderse de cualquier agresión intelectual. Aunque todavía los españoles no nos hemos recuperado del todo de ese grave error histórico, es de

justicia reconocer que la legalización del Partido Comunista, que llevó a cabo el presidente Suárez, ayudó mucho a desmontar el mito marxista. En efecto, cuando los argumentos del marxismo perdieron sus resonancias políticas y quedaron reducidos a su valor intelectual neto, en cuanto se pudieron hacer comparaciones y pedir cuentas a los secuestradores de la libertad -sin el anterior hándicap de que aquí tampoco la había-, se descompuso el invento y la vida intelectual comenzó a recobrar el perfil y el estilo que corresponden a un país libre.

Ciertamente, al valorar este aspecto del problema sería necesario preguntarse si la despolitización -que por supuesto no se circunscribió a la desmitificación del marxismo, lo cual no es poco- no facilitó la aparición de nuevos pecados contra la libertad, no por nuevos menos lamentables que los viejos. Tal vez la despolitización creara, podrán decir algunos, un clima propicio para la indiferencia, para la evasión y el escepticismo, y acaso también para la proliferación de los transformismos políticos (de los que, por otra parte, no se podrá decir que no animaron la transición) o para la anomía y la corrupción de las costumbres. No me lo parece. Puede que, efectivamente, éstas y otras muchas vicisitudes de la sociedad española actual tengan algo que ver, o más exactamente acontezcan al unísono con la despolitización. A fe que no seré yo quien lo niegue. Incluso estoy dispuesto a reconocer que dejar excesivamente a un lado la política puede tener malas consecuencias para la democracia. Es posible que con la pérdida del aliciente de la lucha política, la juventud se quedara momentáneamente vacía de ideales, y cabe que eso contribuyera tal vez a que se precipitase por la pendiente de la evasión, o que cayera en esa versión barata del escepticismo que es el pasotismo, o quién sabe en qué. Quizá. Pero a mi entender la despolitización de la vida intelectual fue buena y, por supuesto, no tuvo la culpa ni fue causa de los otros males que pudieron acompañarla. Antes bien, representó la posibilidad de que el país pudiera poner claridad en sus problemas. Después de todo, fue el alivio de la presión política en el discurso de la cultura lo que permitió que se pudiera iniciar la recuperación de la objetividad intelectual que se había perdido. Si luego no se ha hecho el uso debido de esa posibilidad, no es justo atribuírselo a ella. Por el contrario, gracias a esta despolitización podrán evitarse, si se aprovechan sus ventajas, las amenazas que de nuevo se ciernen sobre la libertad de la cultura, es decir, sobre la libertad del hombre.

£1 desencanto

Se dice que la audacia del ignorante carece de límites, y yo estaría de acuerdo con ese principio, si agregara que son sobre todo los ignorantes que ignoran su propia ignorancia los que más se atreven. Hay, en efecto, gente consciente de sus limitaciones que, merced a ello, resulta discreta y desempeña bien en la vida el papel que le ha deparado la suerte. Es el tonto adulterado por una falsa idea de la libertad y de la cultura -como en las situaciones de descompresión suele

ocurrir-, el que no abandona la imprudencia^ y aprovecha cualquier ocasión para demostrar al mundo de lo que es capaz. -

Durante mucho tiempo, en efecto, el régimen de Franco sirvió de coartada para explicar, unas veces con razón y otras sin ella, el fracaso de gente con aspiraciones muy diversas. Todo el mundo conoce la historia de aquel tartamudo que atribuía su exclusión de unas oposiciones a locutor de Radio Nacional a su filiación política de izquierdas. Así es que cuando se instauró la monarquía democrática y las libertades se hicieron realidad, hubo quien pensó que por fin había llegado el momento de demostrar el talento y las habilidades que la dictadura había tenido reprimidas. Y allí fue Troya, allí sobrevino el desencanto y fue el crujir y rechinar de dientes. Pues como nadie ignora ya a estas alturas, con la venida de la democracia las puertas de la vida pública se terminaron de abrir para aquellos terrenos y para aquellas personas que las tenían cerradas, pero a última hora muchos fueron los llamados y pocos los elegidos.

Con esta decepción se puso quizá de manifiesto el, hecho, por otra parte nada misterioso, de que, por sí sola, la libertad política no sirve para transformar la mediocridad en genialidad. Fue otra buena enseñanza que nos deparó la libertad de expresión. Cuando se dejó hablar todo el mundo, mucha gente empezó a comprobar en su propia carne que la libertad no basta para tener algo que decir, y que el talento, el trabajo y la experiencia cuentan también. De esta decepción, algunos intentaron librarse recurriendo a argucias baratas, de las que no quiero acordarme, pero en general surtió un efecto saludable-sobre la juventud, que es lo que en definitiva más importa.

La tentación igualitaria

El sentimiento antropológico de igualdad no es ajeno, ciertamente, al humanismo español. La campechanía y el casticismo, por ejemplo, y si se quiere hasta un cierto populismo, no son rasgos, ajenos a nuestro carácter^ Muchos reyes, gran parte de la aristocracia, políticos, eminentes, militares de fama, dignatarios de la Iglesia, educadores y hombres de ciencia notables se han distinguido en este país por saber tratar a la gente sin ceremonias^ en pie de igualdad humana, cuando era menester.

Sin embargo, no siempre lo es. El sentimiento que iguala a todas las personas en su dignidad humana, o en su filiación divina, no se identifica con la pasión igualitaria y ginebrina que pretende borrar las diferencias individuales allí donde justamente son el fundamento del progreso humano y de la identidad de cada cual. La igualdad de todos los hombres con personas no significa, por descontado, que deban ser todas ellas iguales, en sus aptitudes, en sus esfuerzos y deseos, o en sus conocimientos y creaciones culturales, que es de lo que aquí se trata. Antes bien, una sociedad de libertades lo que pretende es garantizar la posibilidad de que, cada cual se, realice a su modo, y que la humanidad se enriquezca precisamente a pase de que cada uno llegue hasta donde le permitan sus fa-

cultades, y su trabajo lo, haga a su manera.

Yo no estoy muy seguro, sin, embargo, de que la vida cultural del último decenio haya discurrido del todo bajo ese signo. A menudo he tenido la impresión de que la libertad de la cultura se interpretaba en términos, de una igualación hacia abajo, por virtud de la cual eran los intelectuales quienes terminaban asimilándose al hombre, de la calle, en lugar de procurar atraer a éste a su nivel, esto es, a la altura del rigor y del conocimiento. Con las excepciones que se quiera -y por fortuna las hay- no se puede negar que se ha fomentado un antierictismo equivocado, un dejarse ir con la corriente, que no favorece mucho el renacimiento cultural a que antes nos referíamos. Los viejos hemos adoptado las maneras de la juventud, olvidando aquello de que el tiempo, que no es de su tiempo es mal tiempo. Los especialistas se han, o nos hemos doblegado a la exigencia de los *mass media*, y hemos concluido entrando en el juego -por lo demás inevitable- del «expUqueme en minuto y medio» lo que son los sueños, los agujeros negros, la psichistoria o cualquiera sabe qué. Como resultada de lo cual, cualquier audaz avisado puede terminar hablando, lógicamente, de todo lo divino y lo humano al mundo, entero.

En otras palabras, en la política de la transición se ha cultivado un cierto rechazo de las élites, cuando menos de cara a la galería, que tiene, por descontado un fundamento, pero que tal como se ha llevado ha contribuido a horizontalizar, esto es, a desvirtuar, la relación que de suyo debe existir entre las minorías y los *mass media*, éntrelos intelectuales y el público. Ese rechazo tiene sus razones políticas que se comprenden muy bien, pero llevado al extremo de la cultura resulta contraproducente. De esa forma, en lugar de ser el público el que se alce sobre las puntas de los pies para llegar más alto, se le ha dado vuelta al asunto y se, ha pretendido que sea el intelectual el que se agache para poner sus conocimientos a la altura de la gente, o para que consagre, con elegancia y erudición, los tpicos que se desean oír, o que los políticos han decidido que deben desearse oír. Este es un aspecto de la cuestión que me preocupa. Esta actitud responde a una «filosofía», si se me acepta por una vez esta expresión, responde a un modo de pensar que contraviene, lo que siempre ha sido la esencia de la reflexión seria y, en definitiva, de la verdadera cultura. Hablando precisamente de las tendencias actuales del saber y del horizonte de la filosofía, en una conferencia que pronunció en los años sesenta, decía Julián Marías algo que me parece importante recordar precisamente ahora: «La filosofía, -afirmaba el profesor Marías -, no ha partido jamás de la ignorancia, sino del saber, de muchos saberes, de un conjunto de certidumbres insuficientes y en conflicto, y justamente esas certidumbres que no nos bastan o que se contraponen,, o que dejan huecos y fisuras en la visión del mundo, son las que nos fuerzan a filosofar. Los enunciados filosóficos, desde los presocráticos hasta hoy, no han tenido nunca la forma 'A .es B', sino 'A no es B', sino C; es decir, lo primero que ha hecho el filósofo es remover, eliminar una cierta tesis, por ejemplo la *doxa*, la opinión, la creencia social dominante» x

O sea, lo distintivo del filósofo ha sido siempre la operación de distinguir, la

diseción intelectual, el análisis riguroso de los tópicos y de las interpretaciones vulgares de la realidad. Tengo mis dudas, sin embargo, de que esta nota del pensamiento auténtico, que en los verdaderos hombres cultos nunca ha dejado de sonar, haya sido la nota dominante en la vida intelectual de estos años. Ni lo fue, salvo excepciones, en la situación anterior, donde tal vez era más difícil, ni lo ha sido tampoco en ésta, donde los obstáculos tampoco escasean, aunque sean más sutiles. Por causas que probablemente desbordan la situación española, quizá debido a la propia estructura de la sociedad contemporánea, y muy en especial a la de los *mass media*, la figura que más ha prosperado en el panorama de la cultura de estos años sea la del sofista, o una que se le parece mucho. De ser cierto, esto me parecería grave.

Por otra parte, la trivialización que experimenta el conocimiento al transformarse en información de masas, facilita también esa forma de antielitismo que es la de los espontáneos, la de los enterados y la de los sabelotodos y, no las dejemos atrás, de las sabelotodas. Aquí también es preciso salir al paso de una curiosa versión igualitarista de la participación cultural, que parecen defender ciertos animadores culturales inspirados, no sé si muy bien, en Antonio Gramsci. Al amparo de una pintoresca interpretación de la igualdad y de la libertad, se ha entendido que cualquiera puede hablar con autoridad de cualquier cosa en presencia de todo el mundo, sin que los argumentos de los expertos en la materia hagan vacilar lo más mínimo las convicciones del improvisador de turno. Estamos hartos de ver en la televisión, cómo cualquier indocumentado puede disparatar con el mayor aplomo sobre lo que le echen, y es capaz de confundir con su desparpajo al más pintado, e incluso dejar mudo de asombro, o de indignación, al que sabe del asunto. Y a decir verdad, la televisión no es el exclusivo foro en que se hace notar esta peculiar forma de entender la igualdad en la cultura. Cuando yo era niño, los sacamuélas y los charlatanes tenían su lugar en las ferias. Ahora, es posible verlos, oírlos o leerlos en los espacios culturales más insólitos, a propósito de las lenguas minoritarias, de la historia que nunca existió, o de la cuadratura del círculo. La cultura de masas ha mejorado en estos años, es cierto, pero corre el riesgo de desvirtuar a la otra.

En suma, esta crónica podría resultar interminable si se recogieran en ella todas las observaciones que a diario suscita la vida alrededor. Debería haber reflejado, sin duda, muchas otras cosas: tal vez el particularismo de las autonomías, con los pros y los contras que implica, según para qué. Tendría que haberse echo eco quizá del deterioro que se advierte en la moral de exigencia de bastante gente joven, y de la que no lo es tanto. Puede que debiéramos haber llamado la atención sobre el giro tecnologista falso que se está dando a la enseñanza, y quién sabe sobre cuántas cosas más.

Dudo, no obstante, que mis impresiones de fondo sobre la cuestión fueran a cambiar. A última hora, lo que pienso de todo este complicado asunto es, sencillamente, que la cultura española de estos años, en su vertiente moderna de conocimiento social, está viviendo sus años de aprendizaje de libertad, con el inevitable riesgo de que la complacencia en lo conseguido, que no es poco, nos haga olvidar que todavía se trata sólo de eso, esto es, de un aprendizaje que se nutre de raíces más profundas. Pero aquí comienza una historia que excede con mucho de los límites de esta pequeña crónica, y habrá de quedar para mejor ocasión

J. L. P.*

* Catedrático de Universidad y Académico.